

La Calle del Gato que Pesca

INDICE

El secante	7
De qué se han enamorado las mujeres	12
Tanto las estrellas como el hígado de un cerdo le sirvieron al hombre para predecir el futuro	16
La ley que habría impedido comer helado de cucurucho	26
Sobrenombres	30
Tratando de decir lo que no puede decirse; se han dicho cosas tremendas	34
Millones de rosas pesan más que el hierro	39

ANATOMÍA

La Cabeza	43
Los Ojos	46
Las Orejas	49
La Nariz	52
Historia De La Pilladez Humana	55
La Pretendida Sabiduría De La Naturaleza	59
Trillizos	63
Charla Al Soldado	67
U Gar Pon To Akineton Eremi	69
La Propiedad	73
Unos Y Otros	76
Casos De Jeta	79
La Nuca	82
El Saber Actual Del Tipo	85
El Despertador	88
Comidas Y Banquetes	90
Voltaire y Federico II	92
Crisis de valores humanos	102
Una sugerencia de Helmholtz y los niños envueltos en “mi” bemol	104
El tema en el arte	108
La aceituna del medio	110
El hombre, la mosca y el sobretodo	112
Alabanza de la rueda	114
La imbelicidad	117
La conserva que faltaba	121
El desprendimiento de la reina de Saba	124
Las copas	127
La mujer y los maridos en la antigüedad	130
La zorra y el tambor	137
Funestos resultados del puré	139
“Le Canard”	142
La patada fantasma	145
Polleras largas	147
Teoría de la expresión	150
La pila viva	153
Agua y duchas	155

La nuca

El castellano tiene posibilidades insólitas. Uno puede decir en castellano con todo derecho: "Cocearete el colodrillo de tal suerte que restarás zangolotino". (Qué bonito, eh! ¿Saben lo que quiere decir? Quiere decir: Te Voy a dar una patada en la nuca que vas a quedar zozco. Zangolotino, en efecto, que viene de zangolotear —y zangolotear es moverse de un lado a otro desatinadamente— se les llama a los muchachos que siguen con sus hábitos de niños o que en la casa se les hace seguir: son éstos que les dejan el pelo largo, con rulos, hasta los seis años, que toman mamadera hasta los siete y que después, claro, se chupan el dedo por el resto de su vida. Colodrillo, que viene de cogote, es la nuca.

Hoy vino uno dispuesto a hablar de la nuca, amigos. O sea del contrafuerte del coco. Coco es uno de los nombres familiares del mate y de tal manera aceptado por el consenso unánime que la Academia llama cocosa a la persona que anda mal de la cabeza. La nuca es una de las cosas más necesarias del mundo. Porque sin nuca el tipo no podría acostarse boca arriba. Y, si el tipo se acostara siempre boca abajo, quedaría ñato y con la punta de los pies torcidas para arriba y si siempre se acostara de costado, quedaría desaparejo.

Uno no es nadie, amigos, como más de cuatro, aunque sabe que cualquiera puede considerarse igual a otro y más también, pero no está de acuerdo con la etimología que aceptaron los eruditos para la palabra, "nuca". Dicen que nuca viene del árabe "nuja'a", que significa médula espinal. Sin embargo debiera estudiarse si no puede venir de núcula, que en latín es diminutivo de nux: nuez. Porque una cabeza se parecerá a un melón o a un coco, por fuera; pero considerada en su totalidad, por fuera y por dentro, a lo que más se parece es, a la nuez. Además, tanto la cabeza como la nuez, sirven para dar el pesto cuando se las pisa.

La nuca es una de las cosas menos estudiadas, amigos. Mucho menos que la cara, por ejemplo. Siempre hubo más careros que nuqueros. Y, sin embargo, la teoría de la expresión, la fisiognomía, no debiera descuidar a la nuca como elemento capaz de aportar más de un dato ilustrativo acerca del carácter del tipo y sus modalidades en las que exteriormente se manifiesta.

Por otra parte le ha resultado siempre mucho más fácil observar nuca que observar rostros. Porque si uno mira fijo a otro para estudiarlo, llega un momento en que el otro se molesta y empieza con el "quilay". Y ya quiere pelear porque uno lo mira... "Escuche, señor, mire que se trata de un estudio". "Ma qué estudio", usted me miraba, ¡cómo! En cambio uno va sentado en el ómnibus y tiene dos nuca adelante en las que puede detenerse cuanto se le ocurra.

No es que se puedan hacer gestos con la nuca, pero su hierática apariencia no es obstáculo para que, analizada minuciosamente, nos dé la nuca por lo menos una noción de su impresionante diversidad. Es muy difícil encontrar dos nuca iguales. La forma de la nuca depende de la forma de la cabeza, e incluso del volumen del pescuezo. Pero ¿a todos los gordos se le forma el mismo número

de rollos en el mismo sitio? No. ¿Todos los llamados cráneos ovoides —en una palabra: cabeza de huevo— tienen la nuca igual? No. Entonces, hay que estudiar, amigos. El tipo braquicéfalo, de cabeza redondita y pareja —ese tipo de cabeza que cuando le cortan el pelo a la americana parece que quedara de boina— tiene la nuca corta y peladita, lisa, suave. En cambio el tipo delicocéfalo, de cabeza alta —ese tipo de cabeza que con el sombrero encasquetado hasta los ojos y la bufanda, subida basta la pera, todavía deja ver medio metro de cara— tiene una nuca sarmentosa con los músculos espléndidos—que sirven para estirar el pescuezo, para inclinarlo y dar vuelta la cabeza— recios y salidos.

Pero hay dos tipos de nuca muy interesantes, amigos: la nuca gorda y la nuca correspondiente a la cabeza ovoidea. La cabeza ovoidea, mirada desde arriba, según el método llamado de "La norma verticalis" de Blumenbach —que es como mirarla desde un balcón— tiene forma de pelota de rugby; es una cabeza más bien angosta, pero, entonces, con una distancia apreciable entre la frente y la nuca.

Cuando el tipo se peina con raya al medio, la raya parece una carretera observada con el método de Blumenbach. Pero está la única nuca que hay que mirar de perfil, porque sus características están determinadas por la parte de cabeza que le sobresale arriba. Hay cabezas que sobresalen en forma de culata de voiturette por arriba de la nuca; entonces, mirada de perfil, asistimos al espectáculo de una nuca con techo. Pero cuando la cabeza sobresale en forma de torpedo, afinándose, entonces es, sin duda alguna, una nuca con mango.

La persona nucuda, de nuca succulenta, es la que tiene la nuca dividida en rollos. Cuando la nuca de este modelo va acompañada, adelante, de mucha papada, uno mira al tipo de perfil y parece que tuviera la cabeza servida en un plato. Y cuando el tipo con esa nuca, se deja la pelusa, parece que anduviera de bufanda.

Este es el principio, nomás, amigos. Ahora, la gente capaz, tendría que seguir adelante y confeccionar el primer tratado, siquiera elemental, de nucología. Porque siempre es ventajoso saber cómo es el tipo antes de dejarlo dar vuelta ¿no es cierto?

Casos de "jetta"

De pronto entra, uno, al hotel de postín y observa evidentes signos de progreso: cristalería de Bohemia, baño individual, cubiertos para espárragos, cubiertos para caracoles. Piensa uno que antes el tipo bebía el vino en un jarro, se bañaba en una tina, chupaba los espárragos y comía los caracoles con un alambre. Sin embargo, amigos, en el mismo hotel donde los clientes exigen esas obtenciones del progreso, no hay ningún cliente que se sienta cómodo en la habitación número 13.

Esto significaría que el tipo progresó solamente en la forma de bañarse y de comer los espárragos. Nadie sabe por qué se le tiene miedo al 13. Se pensó que podía ser porque eran 13 los comensales de la última cena. Pero, después, quedó demostrado que siglos antes de Cristo los antiguos egipcios ya le temían a este número. La superstición del martes como día aciago viene de una batalla librada en España hace 7 siglos. Era rey don Jaime I El Conquistador, pero como estaba enfermo mandó a sus capitanes a Luxen, para que contuvieran a la hueste mora.

Y allí en Luxen, el martes 27 de julio de 1276, los moros le hicieron sufrir a valencianos y aragoneses un descalabro espantoso. Y quedó en España el martes como día aciago por eso. Y se empezó a decir: en martes ni te cases ni te embarques... La desgracia había sido guerrera, pero siempre se parecieron el casamiento y la guerra, por eso se juntaron las dos cosas en el mismo refrán.

Ustedes observen que el tipo estudia, medita, evoluciona, llega a ser un encanto para sus amigos, una gloria para su país, un banco para su mujer y, sin embargo... toca madera cuando oye hablar de paperas, cree en los tipos que traen "jetta" -que hacen mal de ojo- y cuando los ve acercar monta un dedo arriba de otro o hace los cuernos para abajo. Y es un tipo inteligente el que hace eso, amigos. Capaz de ganar la pregunta de los 20.000 pesos.

Nos conocemos poco, ¿eh? No sabemos nada de nosotros mismos. ¿Por qué hacemos dibujos con un lápiz cuando hablamos por teléfono? ¿Por qué hacemos pequeños animalitos de miga durante la conversación de sobremesa? ¿Por qué de repente nos preguntan una cosa y contestamos otra? Distracción. Pero la distracción no quiere decir que el pensamiento no funcione; porque el pensamiento no cesa nunca. Lo que ocurre es que cuando estamos distraídos, el pensamiento está en otra cosa que en aquello que hacemos.

Recién el día que sepamos dónde está, dentro de nosotros -en qué abismo, en qué cueva, en qué encrucijada- ese pensamiento, cuando no está donde lo necesitamos recién ese día amigos, vamos a poder escuchar sin reírnos a la gente que habla en serio. Poner el sombrero arriba de la cama, también trae "jetta". La explicación de esta superstición es complicada y ridícula. Dicen que el sombrero se usa para salir y que la cama es un sitio donde el hombre está acostado. El hombre mientras está vivo, siempre sale de su casa a pie. Sólo cuando está muerto sale acostado.

Entonces vincular esas dos cosas: el Sombrero, que es lo que usa el tipo para salir, con la cama, que es donde el tipo está acostado, dicen que precipita el momento en que saquen al tipo de la casa con los pies para adelante. Pasar por debajo de una escalera es yeta porque antes se consideraba al triángulo una figura sagrada. Y una escalera siempre forma un triángulo: cuando está parada en sus dos ramas, un triángulo isósceles, cuando está apoyada contra la pared un triángulo rectángulo; pasar por debajo de una escalera se consideraba "jetta" porque se rompe, se invade, se traspasa, se viola una figura sagrada. Sin embargo la única "jetta" que puede demostrarse en este caso es la que toca al tipo que pasa por debajo de la escalera cuando le cae encima el martillo del electricista o el balde del pintor.

El tipo se va impresionado por aquello que cree y, entonces, queda con el ánimo predispuesto para que le ocurra realmente lo que empezó a temer que le ocurriese. Menos mal, amigos que con poco nos afligimos, pero con poco también nos consolamos, porque tres marineros, un gato negro, una mariposa blanca, un grillo..., un trébol, una herradura, un carro de pasto... nos ponen contentos. Lo mismo que pone contento a un caballo -un carro de pasto- nos pone contentos a nosotros.

Y hay pesimistas que, dicen que, si a pesar de que las herraduras colgadas en la casa traen suerte y a pesar de que los caballos pierden herraduras a cada rato el tipo pocas veces tiene herraduras colgadas en la casa... es porque las necesita para usarlas él. Pero debe ser mentira. Y aunque fuera verdad, siempre será preferible calzarse como un caballo que pensar como un lagarto. No es feliz él que no quiere.

El hombre, la mosca y el sobretodo

El hombre se parece en muchas cosas a la mosca: a veces molesta, a veces le gusta la nata, a veces se para donde no debe y a veces lo cazan. Pero en otras cosas, no se parece. Por ejemplo: la mosca en invierno queda como azonzada, porque la velocidad de sus reacciones orgánicas está condicionada por la temperatura exterior. Quiere decir que la mosca tiene en su cuerpo el calor. A eso se le llama termogénesis.

El hombre se guarda a sí mismo. Produce su propia temperatura. La ropa de abrigo sólo le sirve para retener el calor que él se elaboró. El abrigo no es una calefacción, es una tapa. No da el calor que el hombre necesita, se limita a no dejar escapar el que el hombre mismo se hace.

El hombre, pues, trabaja ocho horas a fin de ganar el pan -y los bifés, las papas, los choclos, el estofado- que han de servirle para mantener esa temperatura. Durante el día escribe a máquina, lleva libros, hace mandados, habla por teléfono, cruza calles, lo pisan, va a los bancos, corre taxímetros, empuja; todo para que no le falte su sopa de arroz, sus milanesas, su tortilla, su queso y dulce, imprescindibles para que el medio interior no se congele.

Y, luego, debe sacar de eso —del dinero destinado a la adquisición de combustibles— para comprar un sobretodo que no lo calienta, sino que lo deja enfriar. Y cuando, después de tantas andanzas y sacrificios, se pone el sobretodo, ¡tiene, por medio de la termogénesis, que calentarlo él! Por eso es que hay tan poca gente que conserva su sangre fría.

La aceituna del medio

El saber y la cultura son dos cosas distintas. El saber depende del número de conocimientos que un hombre ha adquirido. Es una cuestión de cantidad. La cultura depende del modo en que el hombre se conduzca. Es una cuestión de calidad. Hay sabios que cuando abandonan la biblioteca, el laboratorio o el anfiteatro, no saben qué hacer. Son sabios incultos.

El médico sabio, por ejemplo, se nota en la forma cómo cura a un enfermo; el médico culto se nota por la forma en que lo trata. Hombre culto es aquel que con la misma capacidad que cumpliera su tarea profesional, cumple, luego, su tarea de persona. En el consultorio el médico, en el bufete el abogado, en la cátedra el profesor de historia, utilizan un saber. Pero, luego, ante el semejante que no esté enfermo, que no estudie historia, demuestran —o no demuestran— su cultura.

En una observación panorámica, la cultura es muy parecida a la buena educación. No puede considerarse bien educada a una persona sólo porque levante el dedo chico al tomar la cucharita del helado. El no hacer ruido con la sopa, el no atarse la servilleta con un moño en la nuca, son condiciones necesarias de la buena educación, pero no son condiciones suficientes.

Debe entenderse por buena educación el resultado de una integración de educación; la sentimental, la espiritual, la mental, la moral. Cuando el hombre está bien educado para esas cuatro posibilidades de su volcarse en el mundo, es un hombre bien educado. Un hombre culto. Porque no solamente no le da vuelta los botones al otro mientras le habla, sino que, además, se halla capacitado para situarse —con beneficio para sí y sin perjuicio para los demás— ante el mundo y la vida.

Un ingeniero culto es el que, además de saber construir un puente que no se caiga, pincha la aceituna del medio porque sabe, también, que las otras aceitunas, rodeándola, no la dejarán escapar.

Alabanza de la rueda

Los animalitos más primitivos tenían la boca situada atrás y era, la boca, el único orificio de su cuerpo. Ingerían el alimento por esa boca posterior, aprovechaban del alimento lo que conviniera y, por la misma boca, expelían lo indigerible. Quiere decir que la alimentación, en los seres más primitivos, se realizaba mediante un movimiento de vaivén. Pero ese movimiento de vaivén —entrar algo a un cuerpo por un orificio, dar la vuelta dentro del cuerpo y salir por el mismo orificio que para entrar al cuerpo le sirviera— era, mecánicamente, muy desventajoso.

De ahí que la Naturaleza, haciendo dar vuelta al animalito lo dejó con la boca para adelante: fue el primer progreso formal en la evolución de la vida primitiva hacia el hombre. Luego, aquel animalito que había sido redondo como un globo, tomó una forma alargada y se recibió de gusano. Y como con la boca adelante ya no atrapaba alimentos al azar, sino que iba a buscarlos, se desarrollaron en torno a la boca unos rudimentos de ojos. Fue el gusano, pues, el inventor de la cara.

Además, no se alimentaba, ya, merced a aquel movimiento de vaivén, sino que se le fue organizando todo un sistema digestivo. El alimento entraba por la boca y, siguiendo de largo, sin tener que volver, como antes, a la boca única, el animalito podía extraerle a través de un mayor recorrido, lo que aquel alimento tenía de útil para su vida. De manera que el verdadero inventor del "trabajo en cadena" no fue Henry Ford, sino el gusano. Todo lo copió el hombre de la Naturaleza.

Los griegos les llamaban a los inventos "órganos artificiales", en contraposición a los órganos naturales que el hombre poseía. El único invento verdadero, la única superación decisiva de la Naturaleza por la técnica, fue la rueda. La rueda no existía en la Naturaleza. Con ella superó, el hombre, el movimiento de vaivén, cansador y desaprovechado, de la marcha a pie. Y empezó a rodar...

Las primeras ruedas dieron origen a los carros. Después hubo ruedas de todo: rueda de velorio, rueda de mate, rueda de poker, rueda de automóvil. Y el hombre que ya no tuvo que trotar por haberse ganado con su ingenio el privilegio de ir rodando, quiso llegar más pronto. Y así fue como inventó la urgencia.

Porque una cosa sólo empieza a ser urgente cuando ya se dispone de medios para hacerla ligero. La velocidad fue superándose, cada día. Encogió la distancia. Achicó el espacio. Hizo que pudiera decirse "el mundo es un pañuelo, desde antes que el mundo empezara a sonar... Porque los 25 kilómetros por hora que marcó Henry Ford con su primer modelo era, en aquella época, una marcha tan vertiginosa como lo es, ahora, la que llevan en las pistas los reyes del volante.

Pero ¿cuál será la velocidad vertiginosa de mañana? Todavía se lucha contra la fricción: la fricción del eje contra el cojinete, la fricción de las ruedas contra el suelo, a fricción del automóvil entero contra el aire. Por medio de sistemas

perfeccionados de rulemanes -vencida, casi, la fricción— se ha conseguido que una pulidora eléctrica girara a razón de 120.000 revoluciones por minuto.

Dicen los estudiosos que si las ruedas de un automóvil dieran vuelta a esa velocidad, el automóvil andaría a razón de 16.000 kilómetros por hora. Claro que el peso aumenta la fricción. Sería necesario hacer a la máquina cada vez más liviana... Y la fricción de las ruedas contra el suelo y la fricción de la carrocería contra el aire también disminuyen la velocidad. El día en que puedan hacerse Alfettas de nylon y suprimir el suelo y suprimir el aire, el corredor dará vuelta a la pista tan ligero que, de repente, se verá venir de frente del otro lado y tendrá que esquivarse a sí mismo. Pero ya nos hicimos tan baqueanos en tener que esquivar a los demás que, en una de esas, esquivarse uno resulta una pavada.